

Ni de vencedores ni vencidos

la tinta fluye del poeta, como su sangre, delineando eternos encuentros y largas ausencias que sin darnos cuenta nos graban huellas en nuestra piel de tierra...

El poeta nos muestra que en los pensamientos más sencillos está la profundidad, nos expone la grandeza de hallarnos en un instante eterno rodeado de una cotidianidad asfixiante, pero la cual se logra vencer en el momento en que vuelve esa minúscula sonrisa, ese pequeñísimo respiro, limitado por el dolor, en algo inmaterial.

Esas sensaciones, que escasamente percibimos pero que profundamente nos afectan, son las que reconocemos en la poesía de Javier. Lo ligero que a su vez, es lo más profundo. Tiene la virtud de poner en palabras un suspiro. El poeta canta a la tierra, a nuestros sueños, pero su magia está en percibir hasta el eco del más tenue grito.

Javier nos entra a un mundo, sin límites y su imaginación nos acompaña desbordada de magia. en sus páginas cobran vida nuestros temores, nuestros deseos, convertidos en arte.

En catilena la brisa que nos llega tiene varios sabores, entre ellos, como una mano invisible que interrumpe el sueño, está la contingencia que trae su inevitable compañera: la angustia deseosa de lo eterno.

A diferencia de Ocarina el poeta se inclina más hacia lo externo, trae la crudeza y el pensamiento madurado por la agresión que lo rodea.

La influencia oriental, es clara: la espiritualidad predomina. Javier nos la presenta de una manera diferente, refrescante. (Como una brisa caleña llena de magia y duenderías!!).

La lucha es constante aunque la ironía llegue a predominar, porque aquí tampoco hablaremos de vencedores ni vencidos.

Angela María Tafur.